



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTRAS ACTRICES

JULIA MARTINEZ



Lit. de Brabo, Descapula 17 y Carboni. i. Madrid

Con su talento encadena al público, y no se escapa, y luce y triunfa en la escena; porque como buena, es buena, y como guapa, es muy guapa.

SUMARIO

TEXTO.—De todo un poco, por Luis Taboada.—La novena de San José, por Vital Aza.—Palique, por Gerón.—Modas inconvenientes, por José Estremera.—Oh, la industrial, por Sinisio Delgado.—Viva la Pepa!, por Enrique Sepúlveda.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS.—Julia Martínez.—Gentecilla.—Cuartema, por Cilla.



El esposo de D.^a Josefa vino á verme ayer, á eso de las ocho de la mañana, cuando yo dormía el sueño blando de los padres de familia pobres, pero inactivos.

—El señorito no se ha levantado aún—decía mi criada, que es una chica de Belchite, á quien traemos en casa con bozal para que no muerda á los niños.

—Tengo con él muchísima confianza—contestó el señor de Faldellín, que así se apellida el esposo de D.^a Josefa.

Y dando un empujón á la fámula, penetró en mi alcoba; introdujo los dedos en el vaso de agua, colocado sobre la mesa de noche, y me los sacudió en el rostro, lanzando carcajadas de júbilo.

Lo primero que hice fué llamarle bruto; después quise arrancar un boliche de la cama para tirárselo á la cabeza, pero él me contuvo diciéndome:

—No me conoce V.? ¿Qué es eso? ¿Es así como recibe usted á los amigos?... ¿No sabe V. á cuántos estamos hoy?... Tengo á aquella de días y vengo á llevármele á V. ahora mismo.

—¡Hombre! ¡Por Dios!...

—Nada, nada. Me lo llevo á V.... Vamos primeramente á ver si encontramos una guitarra. Hay ahí un chico de Gerona, notabilísimo, sólo que, como viene á examinarse para aduanas, no ha traído el instrumento.

En casa de un amigo de Faldellín, que es dentista, nos dieron razón de una guitarra buena, perteneciente á la viuda de un promotor fiscal, que toca algo, y allá nos fuimos Faldellín y yo.

—Usted dispensará—dijo él,—pero esta noche va á haber en casa un poco de baile; contamos con un chico de Gerona, y como nos han dicho que V. no tendría inconveniente en prestarnos la guitarra...

—Miste—contestó la viuda, que es de Algeciras.—Puede usted peirme manque sea la salud, pero en lo tocante á la guitarra, no la ojo... asin me ajorquen.

—Nosotros se la cuidaríamos, como si fuera una hija.

—Con esta guitarra me caso yo ¿estasté? y mi difunto se golvió loco, cuando había reunión en casa y me jastan tocar... ¡Ay! ¡Maresita mía de mi arma! Primero consentía que me quitasen ustés la asaura...

En vista de lo cual, Faldellín y yo fuimos á ver á un cordonero, persona muy fina, que no tuvo inconveniente en dejarnos la guitarra y un hijo suyo de diez años de edad, que baila la jota de un modo inimitable.

El hombre, antes de cedernos la guitarra y el chiquillo, nos advirtió prudentemente que no le dejáramos sólo con los dulces si los hubiese, porque era voraz, y se comía todo lo que encontraba por delante.

—¡Ah!—exclamó cuando trasponíamos los umbrales del establecimiento,—debo advertir á VV. que el chico tiene un sabañón lo mismo que un besugo de los pequeños. Cuiden VV. de que no se lo pisen.

D.^a Josefa y sus cinco niños nos recibieron con demostraciones de placer. Por de pronto, Faldellín quiso que el chico del cordonero bailase la jota, por vía de ensayo, y D.^a Josefa objetó prudentemente, que se podía incomodar la vecina del segundo, solterona empedernida de genio fuerte.

—Si se incomoda, que se incomode—gritó Faldellín.—

¡Pues hombre! ¡No faltaba más sino que no pudiera uno distraerse un día como hoy!

El chico bailó cuanto quiso, hasta que la vecina del segundo se puso á chillar desde la escalera, diciendo que se lo iba á contar todo al novio de la criada, que era de la policía.

—Debe V. respetar las expansiones de familia—decía, desde lo alto, el esposo de D.^a Josefa.

—Eso es divertirse con los pies.

—Cada cual se divierte como se le antoja.

—Son VV. unos cursis.

Y V. una...

—¡Ordinarios!

—¡Bruja!

¡Qué noche, qué noche más agradable la que pasamos en casa de D.^a Josefa!

Jóvenes de ambos sexos, entre los cuales figuraba Pepet, el chico de Gerona, que hizo primores en la guitarra; señoras mayores: un presbítero amigo de la casa. Allí había de todo.

—Van ustets á cfr el coru dels obispos de *La Africana*, tucado con una sola mano—dijo el guitarrista.

Y se puso á tocar, apoyando la guitarra en la pared y sujetando el mástil con la boca.

Pero cuando no había aún concluido la primera parte, oyóse un grito desgarrador y D.^a Josefa vino á tierra, arrastrando en pos de sí al presbítero, que se sentaba en el sofá y que fué á romper con la cabeza una silla de paja.

—Pepa, Pepa!—gritó el esposo, tratando de levantar aquella mole.

Pero la mole permanecía en tierra. Entonces Felipín, joven estudiante de tercer año, pulsó á la enferma y torció el gesto.

—¡Aquí, aquí!—decía D.^a Josefa, palpándose el vientre.

—¡Un cólico! ¡un cólico!—gritó Faldellín.—Que vayan corriendo á buscar dos reales de aceite de ruda; es con lo único que se alivia.

Trajeron el aceite, y una amiga solícita se encargó de friccionar con él la epidermis de D.^a Josefa.

Media hora después, los tertulios reanudaban el interrumpido jaleo, y las parejas se lanzaron al baile; pero el chico del cordonero, que acababa de beberse el aceite de ruda, creyendo que era jarabe, comenzó á lanzar aullidos y á golpearse la cabeza contra la tapia.

—¡Dios mío!—decía Faldellín tratando de sujetar al chico.—¿Cómo me presento en casa del cordonero llevándole al hijo deteriorado?

A fuerza de caricias, el chico se tranquilizó, y entonces Faldellín fué á acostarle en una cama. La alcoba estaba á oscuras y no vió que dos de sus hijos se habían dormido ya. Al lanzar el cuerpo del muchacho sobre los colchones, los otros prorrumpieron en quejidos lastimeros; D.^a Josefa acudió sobresaltada; el cura fué á incorporarse y derribó el quinqué; varias jóvenes asustadizas, creyendo que se había hundido la casa, se pusieron á dar voces desde el balcón; el chico de Gerona, sin darse cuenta de lo que hacía, cogió la guitarra y se la rompió en la cabeza á Faldellín... Lo que allí pasó fué indescriptible, hasta que tranquilizados los ánimos, cada cual se dirigió á su casa, mientras doña Josefa y su esposo decían á los asendereados contertulios:

—¡Vaya! ¡Qué VV. descansen!... Tápanse VV. bien, que está la noche fría... Y hasta el año que viene, que volveremos á divertirnos.

Excuso decir á VV. que el día que encuentre en la calle á la familia Faldellín, no pienso saludarla.

¡Por vida de San José!

Riverita y La vida en Madrid, dos nuevos libros que harán fortuna.

El primero es una novela interesante, de Armando Palacio, deliciosamente escrita, y el segundo una colección de chispeantes y ameros artículos, de Enrique Sepúlveda; una especie de resumen de los sucesos del año, vistos des-

de el lado cómico, y en cuya descripción abundan la gracia, el ingenio y la delicadeza peculiares en este distinguido escritor.

Es cuanto puedo decir á VV. en elogio de ambas obras... Y me retiro modestamente por el foro.

LUIS TABOADA.

LA NOVENA DE SAN JOSÉ

Día primero

«Caballero: Recibí la carta que me mandó, y hoy ni le digo que si ni le contesto que no. Yo soy una señorita de una conducta ejemplar. Si usted hablarme necesita, hoy nos podremos hablar. Como mamá no está buena, con mi tía empezará esta tarde la novena del glorioso San José. Creo que usted, caballero, habrá pensado el asunto.

Frente á la iglesia le espero á las siete y media en punto. Cuando la novena acabe, acérquese sin temor, porque mi tía ya sabe que me hace usted el amor. Aunque el pueblo lo nos, podremos dar un paseo, pues quiero que usted me explique verbalmente su deseo. No tema usted que á los dos pueda estorbarnos mi tía. La pobre es muy sorda. Adiós.— Hasta la tarde.—

MARÍA.

Día segundo

—Señorita... —Caballero...
—Señora, á los pies de usted.
—Póngase usted el sombrero.
—Muchas gracias.
—No hay de qué.
—Ante todo, señorita, perdóneme usted si no acudí ayer á la cita que por escrito me dió. Un negocio muy urgente... ¡Estuve más aburrido! ¡Lo he sentido vivamente! —Pues yo también lo he sentido. No por nada, ¿sabe usted? Sino porque... la verdad... En fin, le perdonaré su poca formalidad.
—No me guarde usted encono? —¿Encono? ¡Qué tontería! Ya he dicho que le perdono.
—Que buena es usted, María! —Y la mamá se ha aliviado?
—Está un poquito mejor.

—¿Y qué tiene? —Un resfriado.
—¿Claro! ¡Con este calor!... Es decir, ¡con este frío!... ¡Anoche cayó una helada!... ¿Qué tiempo!... ¡Pero Dios mío! ¡si no se me ocurre nada! —¿Conque la mamá ya está mucho mejor?
—Sí, señor!
—Me alegro. —¿Si acabará por no hablarme de su amor?
—¡Caramba! ¡las ocho! —¿Se va usted?
—Con su permiso. Es muy tarde para mí. Papá me espera... Es preciso... Yo con gusto seguiría... —Pues hasta mañana, ¿eh?
—Hasta mañana, María. Señora, á los pies de usted.

Día tercero

—¿V qué hay de nuevo? ¿Qué pasa?
—Pues no sé... No me he enterado. Apenas salgo de casa. ¡Como estoy tan ocupado!... No tuve ni unos instantes de calma con tanta gente...

—Ustedes los comerciantes á su asunto únicamente. —El negocio, Mariquita, si no se le atiende, mengua. —(Este chico necesita que le tire de la lengua.)

Día cuarto

—¿Qué tal la novena? —Bien. Hace tiempo que le aguardo. —He tenido que ir al tren. Esperábamos un fardo... —Su tardanza es natural. Lo primero es lo primero. —¿Qué? ¡Le parece á usted mal? —Muy al contrario. No quiero que por mi descaído usé los negocios; no, señor. —¿A qué más pruebas? Ya sé que es verdadero su amor.

Deseo que usted ante todo, no abandone sus deberes. Por desgracia, de este modo piensan muy pocas mujeres. Cualquier otra exigiría... pero yo no soy así. Me basta que en todo el día se acuerde un poco de mí. No me llame casquivana, ni exigente, ni cargante... conque, adiós, y hasta mañana. (Hoy ya te he dicho bastante.)

Día quinto

—¿Y en qué lo conoce usted? —Pues lo conozco, María, en... ¡vamos!... en no sé qué... En que siento una alegría muy grande cuando la veo, en que su voz me enajena y, en fin, en que yo deseo que no acabe esta novena.

—¿De veras? ¡Será un capricho! —¿Por estas cruces! ¡Que sí! —¿A cuántas habrá usted dicho lo que me dice usted á mí? —¿A nadie! ¡Todo lo afronto por la dicha de los dos! ¡La quiero á usted como un tonto! —¿Ay, por fin! ¡Gracias á Dios!

Día sexto

—¿Vámost! ¡Quietos! ¿Qué manía? Lo ve mi tía y me pega. —¿Si es sorda? —¿Qué tontería! Es sorda, pero no es ciega.

—Un besot! ¡Se lo suplico! Sin que la tía lo note. (La tía, aparte.—Este chico es tonto de capirote.)

—¿Qué malol! Y yo que urela... ¡Tengamos la fiesta en paz!

—¿No sabe usted todavía de lo que yo soy capaz!

Día séptimo

—¿Conque hay mucha venta! —¡Mucha!
¡Es una cosa espantosa! —¿Ya guardará usted en la hucha! —¿Seis mil duros!... ¡Poca cosa! ¡Tengo una idea divina! —¿Sí? ¿Cuál? —Se la explicaré. ¡Quiero meterme en harina!

—Pues hombre, métase usted. —Es un negocio seguro. Ya eché mis cuentas cabales. Me produce cada duro lo menos cincuenta reales. ¡Ya verá usted si despachol! ¡Voy á asombrar á la gente! —¿Pues señor, este muchacho es un partido excelente.)

Día octavo

—¿Qué pueblo! ¿No sabe usted lo que dicen por ahí? ¡Si me da vergüenza! —¿Qué? —¿Pues que nos casamos! —¿SR —Mi mamá lo sabe ya y anoche me reprendió, y según dice mamá, la culpa la tengo yo. Ya le dije que usted era un muchacho muy decente

y haría que concluyera la crítica de la gente. Mamá en su honradez confía y quiere hablarle.

—¿Si, eh? —Puede usted ir cualquier día. —¿Si, sí! Cualquier día irá, ó ya escribiré una carta á su señora mamá. (Esta chica es muy ligarita, pero á mí no me la da.)

Día noveno

«María: ¿No sabe usted lo que dicen por ahí? Pues dicen que yo no sé en que lío me metí. Pero lo sé, ¡ya lo creo! Lo he conocido muy pronto. Conque hasta de paseo y hasta de hacer el tonto. Si á usted su mamá le da esos consejos, ¡cariño! á mí, en cambio, mi papá me aconseja lo contrario. —Si quieres medrar me dijo, no hagas por más tiempo el bñ, ni tengas amores, hijo, con quien sepa más que tú. Tráten en harina, y después busca una nova formal. Mira que el casarse es harina de otro costal. Busca una mujer que junte el ser virtuosa al ser ducha; una que no te pregunte lo que tienes en la hucha. Ya comprende usted, María, por qué papá lo dirá... Conque, afectos á la tía

y que se alivie mamá.»

«Caballero: No tolero que hable usted así de mi amor. (Le llamo á usted caballero haciéndole gran favor. No he de hacerle reflexiones, que, pues mi amor no agradece, no he de entrar en discusiones con quien no se las merece.

Usted se me declaró nueve días hace ya. ¿Por qué entonces no trató el asunto con papá? Yo, sencilla y cariñosa, le hablé de mi amor vehementemente. Si le pregunte otra cosa sería inocentemente.

Yo con los hombres esquiva, cuando á la iglesia marchaba más que por el santo, iba porque su amor me esperaba. ¡V he visto con honda pena que su cariño de usted duró lo que la novena del glorioso San José!»

VITAL A&A.

PALIQUE

Amigo Sinesio:

Yo (el satánico yo) que no dejo de leer una línea del MADRID COMICO cuando estoy en el pueblo, aquí, en la villa del oso y del Niquena (en otros tiempos se diría del Bosch y del madreño) no he podido echarle la vista encima, desde que he llegado, á su simpático papel de V. No digo esto para que mis biógrafos ó mis naturales enemigos vayan tomando notas, sino para advertirle de que tal vez hable en mi artículo de algo que haya dicho ya cualquier compañero.

Por ejemplo: ¿Han hablado VV. del Archimillonario?

—¿Pero, hombre!—dirá V.—¿Quién se acuerda ya de ese acaudalado majadero, de ese disparate cómico-crematístico-crasológico-telefónico-bursátil?

¡Oh! Sr. Delgado, dispense V... pero el Archimillonario, no sólo es un adefeso mónico-platónico, sino también, ó sí que también, como dicen algunos oradores, sí que también un signo de los tiempos y otro signo de las comedias al uso.

Yo no hablo del archipámpano esa desde el punto de vista de la retórica y la poética, sino en cuanto filósofo de la historia y principalmente como persona de buen sentido que me preció de ser.

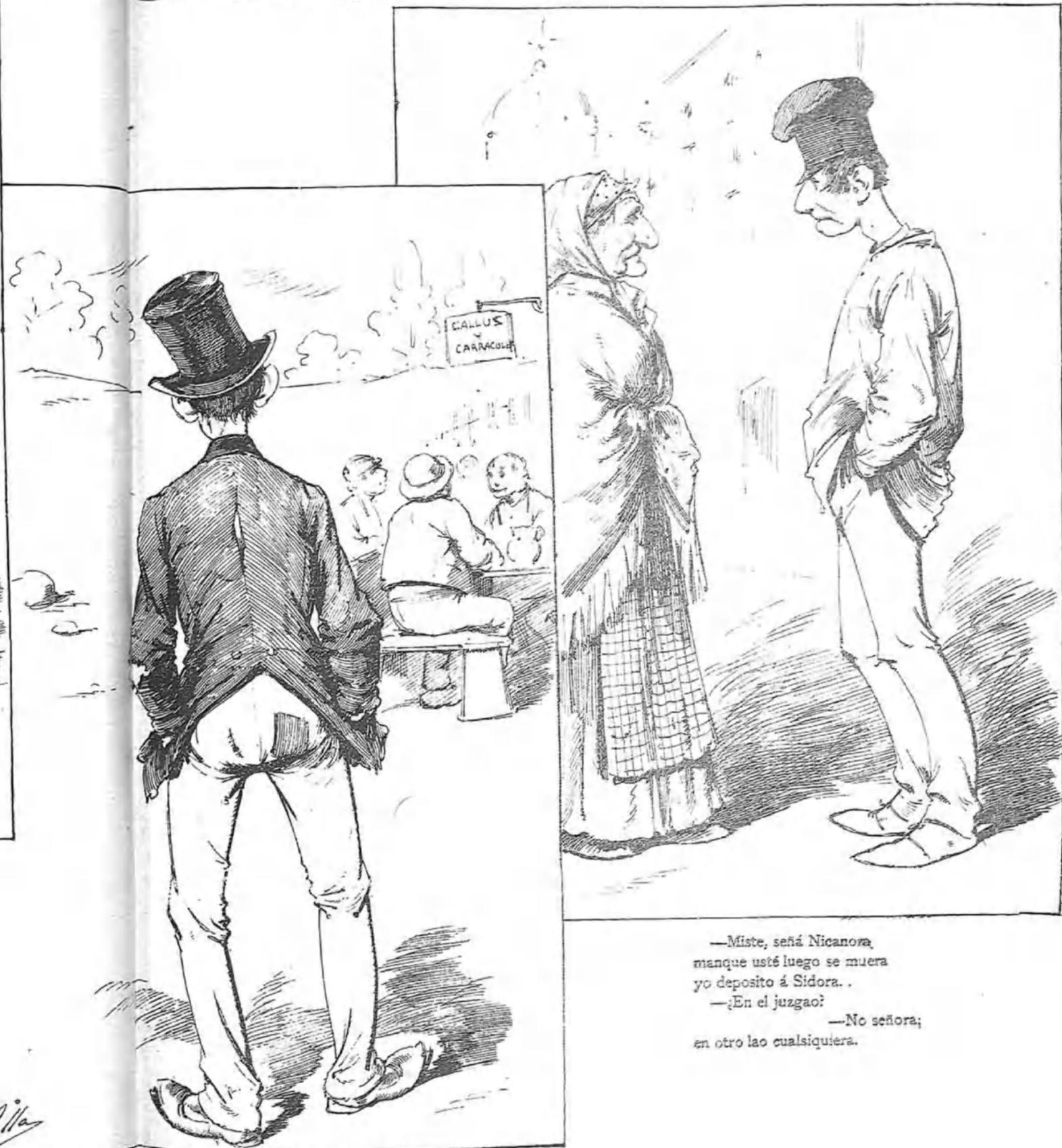
Yo fui al estreno. Estaban allí todas las aristocracias, menos una que no he de nombrar. La de la hermosura (la primera y mejor de todas, valga la verdad), así pensaba en el drama, como en el prólogo que le puso Cánovas á la elegante edición de *Dramáticos españoles* que acaba de publicar el Sr. Novo y Colson (y Apolo se lo pague). No faltaban, sin embargo, damas sensibles y de buen ver que quisieran extremecerse con todo aquello.

—¿Pero esta niña!—exclamaba una señora aludiendo á su

GENTECILLA



—Aunque ya no es mi persona
ni sombra de lo que fué
y se escapó mi dinero
con los lacayos y el tren,
hay dos cosas en el mundo
que he de dejar con la piel:
¡Mi buen sombrero de copa
y mi taza de café!



—Miste, señá Nicanora,
manque usté luego se muera
yo deposito á Sidora. .

—¿En el juzgao?

—No señora;
en otro lao cualesquiera.

—¡Qué costumbres tan sencillas,
las de la gente del pueblo!
Si ve no me rebairá
y me invitaran á hacerlo,
¡puede que me decidiera
á comer callos con ellos!

Pilla

hija, que era una rubia mucho más hermosa que todas las musas juntas.—Pero esta niña, que no hay quien la haga llorar, Marqués!...

—Pero mamá, si no puedo, si...

—Quita, hija, que no tienes entrañas. Ni cuando salen las dos Hermanas de la Caridad se le cayó una mala lágrima... al contrario... quiero decir, Marqués, que á esta pícara se le escapó la risa...

—Oh... la risa!... La educación moderna!... ¿Su niña de usted monta á caballo?

—Sí, Marqués.

—¿Hace gimnasia?

—Sí, Marqués.

—Pues es eso...

—No es eso! —decía yo para mis adentros, y digo ahora para los de VV.—No es eso, Sr. Marqués; lo que hay es que esa rubia, que por el pronto es tan hermosa, tiene además un gusto virgen, sano, puro, *mens sana in corpore pulchro!* ¡ay! miel sobre hojuelas. La naturaleza es más sabia que los Marqueses y los autores de comedias cursis; ¡la salud física y moral de aquella rubia eran cosas tan superiores á la sensibilidad de escotillón del buen porte!

—Bueno fuera que aquella niña, poesía verdadera de los pies á la cabeza, se enterneciese por ver dos monjas de tropo que vienen á ayudar á bien morir, á guisa de ripio, á un acto segundo de una comedia anémica!

.....
Durante el tercer acto observé las emociones de la mamá, de la hija y del Marqués. Los tres estaban cerca de mí asiento.

La señora, con el pañuelo preparado, buscaba y aprovechaba todas las ocasiones de enternecerse; en las grandes situaciones hacía señas con los ojos y los labios al Marqués, que movía la cabeza y convertía los ojos en ojivas. Después miraba la mamá á la niña... que ¡oh sér angelical! encontraba todo aquello ridículo, y reventaba de risa.... La mamá le daba con el codo en el brazo.

—Pero niña, qué dirá el Marqués!...

—Pero mamá, si no puedo menos!...

Hubo un momento en que la rubia tenía lágrimas en los ojos... ¡Oh lágrimas divinas!

La ternura de la risa, la voluptuosidad de lo cómico sentida por su alma delicada de innato buen gusto, brotaban en las dos burbujas graciosas que en aquellos ojos azules, alegres, vivos, reflejaban la luz como diamantes... Un amigo mío, poeta y además soltero, me decía: ¡Beber esas lágrimas! ¡Qué gran crítica del drama de Novo!

.....
Y allá en el foyer, á la salida, disputaban los literatos de oficio si aquello era bueno ó malo... ¡Y con qué seriedad discutían! ¡Como si cupiera discusión!...

¡Y eran personas formales!

¡Dios mío, cuánto puede decaer el gusto y el juicio en un pueblo!

Pero, confíemos: nunca faltan rubias (y morenas) que nos salven.

Aquella rubia que se moría de risa cuando su mamá lloraba, se casará, tendrá un hijo, lo criará á sus pechos... y el chico será crítico y tendrá buen gusto...

Porque eso se llama.

CLARÍN.

MODAS INCONVENIENTES

Mis fraques poco galantes serán al hablar de modas, porque esto reza con todas las mujeres elegantes.

Lo siento en el alma, pero es el caso que hoy abundan ciertas modas que redundan en perjuicio de tercero.

No está mal que todas den en llevar ese almohadón que se llama *poisson*, en donde pueden muy bien poner todo su equipaje, pues día venura en que haga el oficio de la zaga de los coches de viaje.

Bien está el camisolín, aunque es prenda de varón, bien la sombrilla-bastón é impermeable de zinc (1).

A mí lo mismo me dá que, por moda, hagan alarde de devoción por la tarde en la calle de Alcalá,

y de arriba abajo estén paseando el devocionario, la novena y el rosario entre *Pilite* y la *crans* (2).

haciendo, si se repara, un contraste farto profano la devoción en la mano, la tentación en la cara.

.....
Pero es, entre excesos tales, el mayor de los excesos ir al teatro con esos sombreros descomunales.

Yo voy al teatro... Tal, donde baila un serafín, que tiene un pie chiquitín y una cara celestial;

pero cada vez que quiero mirar á aquella mujer, estoy reducido á ser espectador de sombrero,

pues la moda peregrina no me deja ver la escena, gracias á la gran colmena que corona á mi vecina.

Y habiendo enfrente mejores distracciones me contento con mirar el movimiento de las plumas y las flores.

Con aquella eterna valía delante, me desespero; me gusta como sombrero, pero no como pantalla.

El otro día, un instante quise ver lo que bailaban, por un hueco que dejaban dos vecinas de delante.

.....
Al hacer el movimiento de inclinación proyectado, á mi vecino de al lado le ocurrió igual pensamiento.

Gracias á aquellas señoras chocaron á mi vecino, es decir, nuestras mujeres, como dos locomotoras.

Y después de mil perdones mutuamente concedidos, nos fuimos muy divertidos y con muy lindos chichones.

Ahora bien, señoras mías, justo es que proscritos queden estos lances que bien pueden ocurrir todos los días.

Por consiguiente, de hoy más, pues que todo caballero se quita siempre el sombrero por respeto á las demás,

vayan ustedes sin él, ó si siguen con su idea de llevarlo, que no sea una torre de Babel;

ó para que esté tranquila en torno la vecindad, tengan todas la bondad de tomar última fila.

JOSÉ ESTREMEIRA.

¡OH! ¡LA INDUSTRIA!

Sentado en la lindera del camino
contempla un peregrino
al amarillo sol, que se las lía,
haciéndole cosquillas en la cara,
como si se burlara
de haberle fastidiado todo el día.

No puede resistir hace una hora
la sed que le devora,
ni un río, ni un arroyo, ni una fuente
encuentra el infeliz en el circuito;
¡ni un ventorro maldito
donde echar una copa de aguardiente!

Esconde en el murete como un tesoro
comprado á peso de oro,
el frasquito del agua milagrosa,
que le vendió un ecclito en la ermita...
En tan horrible cuita,
se bebe el más pintado cualquier cosa.

¡Qué horrendo torcedor en la conciencia!
¡Qué inútil penitencia!
El viaje ha resultado una bobada...
Pero, gracias á Dios, no ha delinquido,
porque lo que ha bebido
es agua del Señor... falsificada.

SINISIO DELGADO.

¡VIVA LA PEPA! (1)

Cuentan las crónicas que en los tiempos místicos de la *Pilite*, cuando los *blancos* aporreaban á los *negros*, y de éstos, los más netos, gritaban con intención á cada trago: *¡viva la Pepa!*, el día de San José era fiesta de repique como ahora, con la diferencia de que además del arroz con leche, y la natilla con canela y polvorones, se comía entonces la primera fresa del Jarama, traída expresamente de las huertas de Aranjuez para festejar al Santo.

La fresa fué en otros tiempos uno de los atributos característicos del día de San José. Se sabe ya que las fresas son las violetas de las frutas y que las violetas son las frutas de las flores. Lo dijo en cierta ocasión mi amigo *Fernanfior*, con el ingenio que le distingue, y con gran aplauso mío, porque sin tener yo sus lentes mágicos, veo entre las susodichas flor y fruta la misma manera discreta de ser y de ocultarse, el mismo pudor vegetal, la misma delicadeza aristocrática en los matices. La fresa no es enteramente roja, ni la violeta perfectamente azul. Ambas tienen, sin embargo, el mismo encantador perfume: la una, para el olfato; la otra, para el paladar.

Hay fresas que huelen á violetas y violetas que huelen á fre-

(1) (2) Estas palabras, en rigor, no cumplen su papel de consonantes. ¡Qué se le ha de hacer!

(1) Del libro *La vida en Madrid*, recientemente publicado, con ilustraciones de Lomba.—(2) de la R.

sas, lo cual no es extraño, porque en el fondo del bosque sus hojas se entrelazan y se extienden al calor de las mismas auras, como hermanas que son desde que nacieron.

El día de San José, patriarca y soberano de nuestros prados meridionales, era en aquel tiempo bello como una rosa de musgo, rutilante como un gusano de luz, fresco como la primera fresa de la estación, y tímido, discreto y casto como la violeta doble, educada en la estufa del aristocrático horticultor Pastor y Landero.

Animadísima era entonces la fiesta del santo más popular del almanaque. Daba gozo ver en las casas el afán y entusiasmo con que se hacían los preparativos para la comida que había de celebrarse en familia, á la una de la tarde—hora clásica—en honor del padre, de la madre ó de los hijos. Los platos montados eran más suculentos que *estilites*, y en todos ellos la figura de San José presidía la fiesta desde su trono de dulce, hasta que iba poco á poco descendiendo á medida que se servían los comensales, y daba al fin la gran caída, viniendo á parar á manos del recién nacido.

En las afueras aún era más animado el espectáculo. Los Pepes y las Pepas bailaban y cantaban, acompañados por las guitarras y las bandurrias, merendaban sin temor á *trichinarse*, y al caer la tarde volvían á la ciudad formando grupos y marchando con aire militar hasta la puerta del templo, donde se celebraba la fiesta mayor del santo. Al pasar por allí, los guitarristas dejaban de tocar, las Pepas se santiguaban, y los Pepes llevaban la mano á los sombreros.

Algo ha debido ocurrir en las regiones siderales; alguna dislocación ha debido turbar el eje de nuestro planeta, porque hace muchos años que las fresas no se comen el día de San José, ni el sol dora las copas de las acacias, ni las fuentes de la natilla doméstica van de casa en casa, desde los Pepes á las Pepas.

En cambio, superabundan las violetas sin olor de los trópicos valencianos, los platos montados en confiterías y cafés, pero casi siempre sin la figura del santo, que no es ya de rigor; y en los *restaurants* de las afueras, los *menús* de callos y caracoles, las paellas de repertorio *clandestino*, y los emparedados de origen sospechoso, si no mienten los aficionados al circo taurino.

Pero resignémonos. Si con el día de San José no ha llegado la primavera, ni hay fresa en los portales de Santa Cruz, ni los carpinteros van en ómnibus á las Ventas, ni se ofrecen al santo las primicias de aquel arroz succulento, casero y patriarcal, en cambio hay pocas esgrimas de navaja al aire libre, y pocas desazones epigástricas, de esas que produce la química *láctica* de los *netos* de las Navas.

El que los tiempos hayan cambiado tanto no excusa la falta de cortesía, ni es razón para que yo deje de felicitar, aunque sea por teléfono, á las Pepas, Pepitas y Pepillas.

ENRIQUE SEPÚLVEDA.



Doña Juliana García dice que no tiene gana de que se case su hermana, porque no quiere ser tía.



Seguimos sin tener la más leve noticia de nuestro querido amigo el Sr. Gutiérrez.

¡Es cosa de desesperarse!



Si me emprésta tu cariño, Dios te bendiga, mujer; pero si no me le emprésta, ¡mala puñalá te den!



Voy á tener una satisfacción inmensa.

A costa de mucho tiempo y de grandes sacrificios, etc., etc., se acaba de reimprimir el núm. 31, y, por consiguiente, queda completa la colección de 1883.

Por el correo de mañana serviremos los pedidos de dicha co-

lección, que llegarán ¡gracias á Dios! á manos de los interesados, si el tiempo y el ramo de correos no lo impiden.



Libros:

Después del combate es una novelita preciosa de D. Federico Urrecha, que se ha revelado como gran estilista.

Precede al libro un bien escrito prólogo de D. José Ortega Munilla.

Majas, manolas y chulas, historia, tipos y costumbres de antaño y ogaño, es el último estudio social del notable publicista Rodríguez Solís, cuyos trabajos acerca de la mujer le han dado el renombre que tiene. Con esto queda hecha la recomendación de su última obra.

El polvo del camino se titula el tomo XXIV de la «Biblioteca Demi-monde», chispeante y gracioso como todos los de la colección, y debido (es decir, supongo que pagado) á la pluma de nuestro colaborador D. José Zahonero.

Se venderá mucho, ¿verdad?

Del agua mansa... La Taberna y Lucha la del Sotu, son tres novelitas que acaba de reunir en un tomo el distinguido publicista de Oviedo D. Eduardo Fernández, que con ellas se hace digno de figurar en primera línea en la república de las letras.

Ha empezado á publicarse la *Biblioteca Económica Sevillana*, que consta hasta la fecha de dos tomos que contienen graciosos chistes y epigramas.

Cada tomo cuesta ¡diez céntimos!

La mitra es una lindísima novela de D. Luis Besses, primera producción de este género de su autor, que con ella sienta plaza de coronel... ¡llegará á General muy pronto!

En la biblioteca de *El Imparcial* acaba de publicarse una novela de D. Federico Urrecha, titulada *El corazón y la cabeza*. Interesante y bien pensada, la obra del Sr. Urrecha, una vez comenzada la lectura, se concluye sin remedio, de tal modo encadena la atención del lector.

Damas y galanes es un tomito en que D. Francisco Arechavala ha reunido graciosas composiciones originales de distinguidos escritores, incluyendo al colector, que tiene algunas muy bonitas.

Sabios y sandios. Colección de semblanzas de escritores vallsolletanos publicados por los Sres. D. Anselmo Guerra y D. Mariano Martín Fernández.

El secretario general del Banco de España ha tenido la galantería de remitirnos dos ejemplares de la Memoria leída en la Junta general de accionistas. La índole del periódico nos impide dedicar á este libro la atención que merece.

La semanita ha sido aprovechada, ¿eh?

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. S.—Sevilla.—V yo no soy capaz de publicar el soneto... ni la letrilla.

Sensible.—No sirve esto, ni lo anterior, ni probablemente lo venidero.

Sr. D. J. P. L.—Madrid.—Sirve.

Sr. D. R. M.—Madrid.—Versific V. con una libertad que da gusto. Cada verso tiene su medida especial y ¡santas pascuas!

Lavanderi.—Esa composición no es de V., por lo menos del todo. Y ojo no se escribe con h.

Raul.—Tres eran tres, y los tres eran medianos.

Sr. D. K. P.—Madrid.—Tiene V. excelentes condiciones, pero hay que huir de algunos defectillos, que no puedo detallar por falta de espacio.

Salomón.—Me huele á que lo ha copiado V. de alguna parte.

Sr. D. L. W.—Madrid.—Hay muchos versos que resultan excesivamente forzados.

Alcalán.—No está mal del todo, pero es feo el asunto.

Cauachito.—Eso está bien hecho, pero las pastorelas son de gusto anticuado. Y eso parece una pastorela.

Sr. D. A. A.—Madrid.—Mediano, por lo gastado del asunto y porque en ocho versos no se puede tolerar un ripio.

Sr. D. V. F.—Madrid.—Iba á decirle á V. que sus versos no tienen ritmo; pero, cómo le han de tener, si no tienen medida?

Sr. D. J. N.—Madrid.—Sirve.

Sr. D. R. C.—Zamora.—¿Qué fojón es! Si V. viera qué fojón es!

Sr. D. A. C.—Ciudad Rodrigo.—No tenemos ejemplares. Pídalo, remitiendo cuatro pesetas á la librería de Pa, Carrera de san Jerónimo, 2.

Sr. D. R. S.—Portugalete.—Muy bien hecha, pero muy seria.

Riquito.—Sevilla.—Digo exactamente lo mismo.

Trifón, á Ignacia, á diablos.—Cartagena.—Tiene V. remotísima gracia, hasta para pagarme palos!

Miquelete.—Es muy mala, porque no se fija V. en los consonantes ni en nada.

CUARESMA



—¿Dónde va usted á las Cuarenta Horas?
 —¿Yo? A San Ginés, porque aquello de la derecha está muy oscuro, y se puede dar una cabezadita.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene
 ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
 Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 3 pesetas; semestre, 5; año, 10
 Provincias.—Semestre, 5 pesetas; año, 10
 Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
 A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
 Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven al pedido no se acompaña su importe.
 En provincias no se admiten por menos de seis meses.
 Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
 A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
 Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquillo, 22, primero, izquierda.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

BIBLIOTECA FESTIVA

POR FRANCISCO ARECHAVALA

EN PRENSA.—Tomo I. Vivir para vivir

Precio: DOS REALES

A los libreros y vendedores, 25 por 100 de rebaja

Oficinas: Concepción Jerónima, 19, segundo izquierda.—Madrid

Se admiten suscripciones y entregas

UN VOLUMEN MENSUAL

Los tres tomos del trimestre, una peseta para los suscritores en toda España.

MADRID POLÍTICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

No se admiten suscripciones.—Se da como REGALO á todos los suscritores del MADRID CÓMICO.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.
 A corresponsales y vendedores, cada ejemplar, 10.
 Este periódico, complemento del MADRID CÓMICO, está redactado é ilustrado por todos los colaboradores y dibujantes de éste.
 A los señores corresponsales que lo sean de ambos se les remitirán las cuentas unidas y en las mismas condiciones.
 Los que lo sean sólo del *Madrid Político* deberán atenerse á las observaciones insertas en el anuncio del MADRID CÓMICO.
 Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquillo, 22, primero, izquierda

DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL
 PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
 CHOCOLATES
 ACREDITADOS CAFÉS

RECOMPENSAS INDUSTRIALES
 Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1878

TEF.—TAPICCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARÍS

Embajada general: Calle Mayor, 18 y 19
 Montara, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA